

En 1926 aparecieron, en la Argentina, dos novelas: *Don Segundo Sombra* y *El juguete rabioso*. La primera fue elevada rápidamente a la categoría de símbolo, de cosa *nuestra*; la segunda, debió esperar que Roberto Arlt obtuviese, con *Los siete locos*, un tercer premio municipal para empezar a existir. En la primera, un estanciero rico traía hasta las hombres cultos de la ciudad el olor del campo, las exóticas horas del arriero encerradas en frases redondas; la segunda hablaba de otros lugares: esos sótanos de la realidad que son los suburbios de Buenos Aires, la humillación de los hombres que deambulan por esos sótanos, sus depravaciones y sus miedos. La primera era un lujo de literato; la segunda es un insulto permanente, un removedor de pinturas gastadas.

*Nanina* —la novela de un novelista; o, más exactamente, la novela del novelista que escribió *Nanina*— intenta bucear en ese zanjón abierto por Arlt. No el zanjón geográfico, simplemente, sino el territorio de los hombres: *Nanina* es una historia de humillados y ofendidos, antes que nada. Por supuesto, la tradición dostoiéskiana que hila estas historias ha ido cambiando con los tiempos y esta primera novela de Germán García está cruzada por otras influencias, por otros apelativos más cercanos. La del Henry Miller que escribió, traduciéndose para su propio uso alguna zona de la obra de James Joyce: “A través de misteriosas multitudes, se abre camino un héroe perdido en la muchedumbre, un poeta rechazado y despreciado, un profeta que se lamenta y blasfema, que cubre su cuerpo de estiércoles, examina sus excrementos,

exhibiendo sus obscenidades, perdido, un cerebro que se desmenuza, un instrumento de vivisección.” Apuntes que pueden servir para aludir a la intención de Germán García, cuando quiso presentar a su personaje: Germán. Desde el remoto territorio mítico del pueblo de Junín, Germán se acerca sobre Buenos Aires; deja de humillarse y ofenderse en el pueblo para ingresar a las humillaciones y a las ofensas de la ciudad, y el Germán García, escritor, ha sabido quebrar la historia del Germán protagonista, ha sabido obviar algunas facilidades como la de crear un pasado y un presente cómodos, ha intentado que la novela —a pesar de los verbos— sea un presente opaco, parejo, y hasta lo ha conseguido en algunas partes del libro: las que comienzan la novela. Pero *Nanina* es, realmente, una novela de iniciación: con todos sus defectos y todas las virtudes; la virtud de narrar con fidelidad el proceso de un adolescente, de entrar en todas sus huellas sin eufemismos; el defecto de apoyarse en la facilidad de un enrolamiento —la literatura confesional— para hacer de la falta de eufemismos un alarde de valentía, para confundir la libertad con la falta de rigor narrativo, para creer que largos párrafos enumerativos que buscan la fuerza del vómito y no consiguen más que un pintoresquismo pasado de moda, forman parte de la narrativa. Con la irreverencia del adolescente, García hace de su obra un desafío a las palabras, un desafío que algo tiene que ver con la pasión, con una elogiada desmesura. Pero el elogio no puede eludir gratitudes, ínfulas de este tenor: “Yo fumaba mi fumadez y la del mundo. Quiero fumar más, cientos de inútiles cigarrillos. Tantos cigarrillos como horas queden de aquí hasta la muerte. Mi acto de fumar no era un acto, era la fumadez de fumarse la vida. Yo fumaba la vida, inútiles. Cientos de los míos fumaban la misma vida con gusto a cal, a grasa, a maizal, a pubertad, a vejez. A ustedes los señores mis cientos de cigarrillos con maravillosas estampillas...” Solemnidades que contrastan, borran la tranquilidad, el rigor de este principio: “Nanina era el angelito ilusorio de los niños que nosotros fuimos. Ilusorio, por que nuestra amistad con el diablo era cosa probada por nosotros. Ella y el abuelo tenían la misma manera de escurrir el tiempo, de ocupar un espacio compacto y silencioso.” Principio cuyo rigor se extiende en las cincuenta primeras páginas, y donde García sabe hacer literatura —no Literatura—, contar con natura-

lidad, acercarse al lenguaje hablado, desentrañar los mecanismos de la historia que narra, y que termina cuando García pretende incorporarse, ahora sí, a la Literatura, apelando a un lenguaje pseudo-filosófico, galardonado con grandes ditirambos. El aislamiento dentro de la novela confesional, autobiográfica, en que García mismo ha querido encuadrar a *Nanina*, es el motor de esas diferencias, permite otras conjeturas: aquel lugar que es el pueblo, mediatizado y objetivado, hace las mejores páginas de la novela; cuando sobreviene Buenos Aires, la historia está gastada, se convierte en el libelo de un desesperado que clama contra la gran ciudad. Y recuerda las páginas de un diario escrito con indignación y buenas intenciones. Será por eso que la novela da pie a la polémica, se convierte en un puro interrogante: el encanto de este griterío de adolescencia guarda páginas raramente olvidables, pero sugiere la posibilidad de que esta promesa, de que este nuevo narrador, pase a convertirse en un periodista de sus días.

Siete Días, 15-9-1968.